

Camilo José Cela Conde

*Telón de sombras*

Alianza Editorial

## *Índice*

11	ANTES DEL PRINCIPIO
17	Primera parte
161	Segunda parte
327	Tercera parte
407	Cuarta parte
447	Quinta parte
473	TRAS EL FIN

# ANTES DEL PRINCIPIO

A menudo caigo en lo extraño del azar que nos llevó a coincidir en unas circunstancias que ninguno de nosotros tres, por cuenta propia, hubiera conseguido imaginar nunca: perdidos a orillas del lago en una ciudad ajena, cobijo y trampa, en la que la soledad se disfraza de muchedumbres; vueltos del revés como la mochila en la que hundimos aquella ilusión que ahora, pese al mucho revolver, no aparece; ansiosos por alcanzar el alivio de una cima que se resiste con fiereza a darse por coronada; inquietos ante la duda sobre si la aurora de los deseos habría de equivaler a la muerte de las ilusiones que nos llevaron de la mano, cuesta arriba, en los momentos de mayor desesperanza.

Pienso en nosotros como si se tratara de personajes asomándose al escenario de un teatro con el papel mal dibujado porque el autor no les prestó tal vez la suficiente atención. Todo habría sido más fácil si al salir a escena hubiéramos dispuesto de una máscara apropiada, de unos ropajes a juego con las presentaciones; Tanya en primer lugar, como debe ser, malla de danza, pañuelo sujetando el

cabello corto y rubio, la cara pálida que se adivina apenas en la penumbra; aparece y recita mientras los focos, Dios sabrá por qué, no lucen: soy Tatiana Vigarova, dice; no tengo edad suficiente para que los años dejados atrás hayan de asustarme; llegué de lejos, de muy lejos, con un propósito definido a mis espaldas. Pero no; no es así, el guión no ha de detenerse todavía en los detalles. La mujer duda ante la advertencia, se da la vuelta y ensaya de nuevo su salida a escena. Soy Tanya; así me llaman; no vine a Ginebra en busca de otra cosa que de mí misma. Con eso bastará, de momento; deberemos conformarnos porque ahora aparece, con una leve cojera —o tal vez sólo sea la inseguridad a que conduce la falta de costumbre—, otro de los protagonistas: Jean-Jacques, escuálido casi, chaqueta raída con las coderas de pana que son patente de oficio. El hombre mira hacia un lado y otro como si no se atreviera a hablar a falta de alguien que le marque la entrada, carraspea y, con una voz profunda que parece salir de las páginas de sus libros, anuncia: soy Molinero, Jean-Jacques Molinero, y también vine aquí desde un mundo perdido, en cierto modo. No me quejo; no lo hacía hasta que probé el sabor dulceamargo de los halagos. Y luego, el accidente... ¡Alto!, se oye la voz del autor, que, aunque tarde, se da cuenta de las muchas torpezas que encierra su texto; eso no debes decirlo; aún no. Será mejor, apunta el autor, que salga el tercer histrión a desviar las miradas de quien pueda estar asistiendo al espectáculo. Así que aparece éste y replica: de acuerdo, como gustes, ¿acaso tengo alternativa?; bebe un poco de agua del vaso dispuesto sobre el atril al que suelen agarrarse los conferenciantes, se detiene a mirar hacia

un público que no existe y habla, soy el profesor Diego Vázquez, dice; lo recalca: profesor, el tratamiento es necesario. Llegué, como Tanya, desde otras tierras, en mi caso conociendo lo que habría de encontrarme (siempre que nos limitemos a hablar, pacto sobre pacto, sólo de lo accesorio), sé todo lo que hay que saber acerca de cómo funcionan los cerebros; creía saberlo, al menos. Se dispone a explicarlo cuando, sin advertencia previa, la luz aparece e ilumina el escenario en el que se encuentran los tres personajes; lo advierten ahora, se descubren entre sí mirándose con la perplejidad a la que lleva un acontecimiento imprevisto cuya presencia, no obstante, se vuelve pronto tan familiar como los muebles de la casa paterna asentados en el recuerdo.

La mochila del escenario abierta, con sus entrañas volcadas, enseña entre sus pliegues aquello que andábamos buscando y que, tras aparecer, resulta que no tiene el aspecto que lucía en nuestros sueños. Un autor cuidadoso hubiera organizado la puesta en escena de forma más digna, habría asignado cada papel con mayor esmero. No lo hizo; se limitó a tirar por el sendero fácil: usted, que sabe de versos, hablará de ellos; la muchacha, tan liviana que camina y flota, más valdrá que baile; el científico, por su parte, bastaría con que nos contase lo que cree que sabe. Un tanto torpe tal vez pero, ¿a santo de qué cabe enfadarse, exigir explicaciones, reclamar cuentas, verter improprios? En el escenario, las luces se apagan. Para los lamentos ya es demasiado tarde.

## PRIMERA PARTE

*Se sabe que es el alma la que siente, y  
no el cuerpo. Y se sabe que no es  
en tanto que se encuentra en los  
miembros que sirven de órganos como  
lo hace, sino en tanto que está en el  
cerebro.*

RENÉ DESCARTES, *La dioptrique*, 1637

Para llegar al despacho era preciso atravesar corredores casi a oscuras, pasillos en silencio flanqueados por unas estanterías repletas de volúmenes de buen tamaño. Un laberinto desierto al que la ausencia de polvo prestaba una cierta nota de extrañeza. Tras los recovecos, un zaguán daba paso a dos puertas medio ocultas entre más anaqueles. Una cuartilla sujeta con papel engomado a la primera de ellas mostraba su advertencia; quien la leyese sabría que había topado con la entrada al archivo. Para obtener la llave, llamar a la extensión de teléfono escrita debajo.

La segunda puerta también contaba con su rótulo. Pero de latón esta vez y con una sola palabra resaltada en negro en él: Molinero. Nada de doctor, ni profesor ni catedrático. Molinero, sólo; eso era suficiente.

En la academia de *madame* Alexandra jugábamos a ponernos los nombres que nos servirían de bandera cuando debutásemos en la Scala, en la ópera Garnier, en el Covent Garden. Apellidos breves, sonoros; o larguísimo, cargados de sílabas difíciles de pronunciar. Primera lección: un

nombre basta. Al menos ésa, podía darla por más que asimilada.

Llamé a la puerta con unos golpecitos quedos. Una mujer de buena educación procede así; *madame* Alexandra insistía en ello. Cuando anda por medio alguien que sólo necesita de una única palabra hay que comportarse como temiendo molestar.

Pero no hubo respuesta.

Probé de nuevo con más energía. Tampoco.

Al apoyar la mano en el picaporte la puerta se abrió. Lo hizo con una suavidad acorde con el silencio de los despachos. Me asomé. El cuarto estaba vacío, aunque no es ésa la palabra justa. Los libros lo ocupaban todo: llenaban los armarios de puertas de vidrio, a juego con los del vestíbulo. Las tres mesas enormes y dispares apenas dejaban espacio exento entre ellas. Las sillas, arrinconadas junto a la única pared desnuda de la habitación. Sólo un ventanuco alto abierto en ella se veía libre; animado por la oportunidad, dejaba entrar una luz débil y tamizada, como procedente de un patio.

Libros a raudales; libros de todo tipo y estilo, en rústica, con tapa dura, encuadernados en piel y hasta forrados de papel de periódico. Parecían formar parte misma de los muros, como si se tratase de los ladrillos de una casa que, sin ellos, se vería obligada a desplomarse en un amasijo confuso.

El desorden tenía algo de sobrenatural, un empaque majestuoso. Como si proclamara, cargado de orgullo, la existencia de un sentido en medio del caos. Al asomar la cabeza vi un tarjetón, como un anuncio con unas líneas escri-

tas en él que colgaba de un perchero de aire modernista. La curiosidad me pudo: entré en el despacho del profesor ausente. Daba la sensación de adentrarme en una basílica desierta y, a la vez, llena de la presencia de la divinidad a la que está consagrada. El anuncio contenía unas palabras en español. Unos versos escritos con letra firme y elegante:

Mañanicas floridas  
del duro invierno  
recordad a mi niño  
que duerme al hielo.

—*C'est peut être moi que vous cherchez.*

La voz me sobresaltó. Aun suave y vacilante, había sonado como un latigazo en medio de lo espeso del silencio. Una voz de barítono en su registro más agudo, al estilo de la que abre el movimiento coral de la Novena de Beethoven. Pero de un barítono un tanto delicado; alguien incapaz de representar al dios Wotan con garantías de éxito.

El tono discreto resultaba acogedor, lo más oportuno para no asustar a una intrusa. Pensé todo eso en la décima de segundo que tardé en volverme. En el quicio quedaba un hombre no muy alto, moreno y delgadísimo, con tendencia a inclinarse hacia delante como si estuviera ansioso por estrechar la mano de su interlocutor. Llevaba chaqueta de paño gris y un pañuelo turquesa al cuello. Iba cargado de libros, que abrazaba como si se tratase de un niño de pecho, y me miraba con unos ojos a juego con su voz. Ojos oscuros, ojos penetrantes pero con un punto de cautela. Parecía que estuviesen listos para levantar un muro de